

PRESENTACION

“Hay a lo largo de la historia épocas de bonanza en las que la humanidad disfruta pacíficamente de las condiciones de cultura recibidas, y momentos de crisis, en los que se interroga, inquieta y a veces incluso insegura, sobre su situación presente y su futuro. No cabe duda de que nuestra coyuntura histórica debe incluirse entre las épocas de crisis.

¿Esa crisis está simplemente provocada por el tránsito de una situación ambiental a otra, por el aumento de los conocimientos científicos, la variación de las actitudes culturales, la aparición de factores sociológicos nuevos, o influyen en ella además factores de orden moral, ético? Esa es la cuestión que aspiramos a plantearnos en este Simposio internacional, gracias a la colaboración de profesores e intelectuales de diversos países y diversas ramas del saber, de forma que la variedad de perspectivas facilite el análisis de un fenómeno, en sí enormemente complejo y difícil.

En su reciente Encíclica Redemptor hominis, Su Santidad Juan Pablo II se ha referido a los temores del hombre contemporáneo y a las tensiones que surcan nuestra cultura, y ha invitado a someter a revisión crítica programas, planteamientos y actitudes, de forma que la acción del hombre contribuya realmente a la promoción del hombre mismo. Para que la acción humana sea eficaz y humanizadora no bastan en efecto la buena voluntad y los buenos deseos; se requiere además que nuestro operar esté fundado en verdad. De ahí la necesidad del discernimiento. Surge así una nueva pregunta, que termina de perfilar la temática que deseamos plantearnos: ¿qué responsabilidad debe atribuirse, en la génesis de la crisis contemporánea, a la pérdida del sentido de los

valores, palpable en muchos ambientes? El hombre manifiesta su dignidad en su capacidad de ideales. Cuando los ideales se desvanecen, el horizonte humano se achica y la sociedad se cuarteja. Analizar, pues, este aspecto de nuestro momento histórico resulta imprescindible de cara a nuestra suerte futura".

Estas palabras, con las que, en mi calidad de Presidente del Comité organizador, respondía a un periodista que se interesaba por el Simposio Internacional sobre "Ética y Teología ante la crisis contemporánea", que nuestra Facultad estaba a punto de celebrar, pueden servir también para presentar el volumen en el que se recogen sus Actas¹. En esos párrafos se resumen en efecto las preocupaciones y afanes que llevaron a la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra a preparar y organizar ese Simposio, la segunda reunión de carácter internacional que se ha celebrado en sus aulas, desde la creación de la Facultad en 1969². Durante tres días, 18 al 20 de abril de 1979, más de un centenar de profesores y estudiosos de Teología, Filosofía y Derecho, pertenecientes a una veintena de centros académicos distintos³, nos reunimos para

1. Esa entrevista se publicó en los diarios "Unidad", de San Sebastián, del 11-IV-1979, e "Hierro", de Bilbao, del 14-IV-1979, entre otras publicaciones. Del Comité organizador del Simposio formaban también parte los profesores Jesús Ferrer y José Ignacio Saranyana y, en calidad de Secretario, el profesor José Manuel Zumaquero.

2. El primero, organizado conjuntamente con la Facultad de Filosofía de la misma Universidad, tuvo lugar en 1974, con ocasión del VII centenario de la muerte de Santo Tomás de Aquino; sus Actas están publicadas en el volumen *Veritas et Sapientia. En el VII Centenario de Santo Tomás de Aquino*, obra publicada bajo la dirección de Juan J. RODRÍGUEZ ROSADO y Pedro RODRÍGUEZ, Ediciones Universidad de Navarra, Pamplona 1975.

3. Además de numerosos profesores de las Facultades de Teología, Filosofía y Letras, Derecho y Derecho Canónico de la Universidad de Navarra, participaron José Antonio Abad, de la Facultad de Teología del Norte de España (sede de Burgos); Jean-Marie Aubert, de la Facultad de Teología de la Universidad de Estrasburgo (Francia); Jesús Ballesteros, de la Facultad de Derecho de la Universidad de Valencia; Adriano Bausola, de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Católica del Sacro Cuore (Milán, Italia); Carlo Caffarra, de la Facultad de Teología de Italia Septentrional (Milán, Italia); Evencio Cofreces, del Seminario metropolitano de Toledo; Philippe Delhaye, Secretario de la Comisión Teológica Internacional, de la Facultad de Teología de la Universidad de Louvain-La-Neuve (Bélgica); Maurice Dooley, del St. Patrick's College, (Thurles, Irlanda); Leo Elders, del Seminario de Rolduc (Kerkrade, Holanda); Francisco Gil Hellín, de la Facultad de Teología San Vicente Ferrer (Valencia); Jérôme Hammer, arzobispo tit. de Lorium, Secretario de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe; Alberto de la Hera, de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense, Madrid; Thomas Holland, obispo de Salford (Gran Bretaña); Javier de Lucas, de la Facultad de Derecho de la Universidad de Valencia; José A. Marques, del Instituto Superior de Teolo-

abordar el tema anunciado. “La primera jornada —explicó el Decano de la Facultad, profesor José María Casciaro, en su discurso durante el acto de apertura del Simposio— estará dedicada preferentemente a la consideración de la persona humana y al estudio de la libertad tanto en su estructura metafísica como en su relación con los valores éticos y morales. El segundo día pasaremos a considerar la persona en su vivir social y, más concretamente, nos ocuparemos de las relaciones entre derecho y moralidad, entre progreso humano y sentido de los valores. Finalmente, en la tercera jornada, continuaremos el estudio de la proyección social de la persona a través del análisis del pluralismo y del estudio del pensamiento utópico, y abordaremos la consideración de los fundamentos de la ética sexual”. De acuerdo con ese esquema se desarrollaron de hecho los trabajos, siguiendo una metodología, que preveía, por la mañana, conferencias abiertas al público, y, por las tardes, sesiones de trabajo reservadas a los profesores participantes, en las que se analizaban los temas propuestos en las conferencias de la mañana y se leían o se presentaban algunas de las comunicaciones.

Fueron pues jornadas de diálogo y trabajo intensos. “Verdaderamente —escribía, al terminar el Simposio, el profesor Philippe Delhaye—, puedo tener la alegría de decir que he vivido entre vosotros unos días provechosos por el espíritu de apertura, la libertad que manifestaban las exposiciones y las discusiones, así como, también y sobre todo, por el espíritu de fe auténtica que animaba ese encuentro. El término pluralismo es frecuentemente mirado con suspicacia, y con razón, porque a veces es usado sólo como un pretexto para camuflar dudas y replanteamientos inde-

gía de Braga (Portugal); Vittorio Mathieu, de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Turín (Italia); Kevin McNamara, obispo de Kerry (Irlanda); Emanuele Samek, de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Turín (Italia); José Antonio Sayés, de la Facultad de Teología del Norte de España (sede de Burgos); Josef Stallmach, de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Maguncia (Alemania); Johannes Stöhr, de la Facultad de Teología de la Universidad de Bamberg (Alemania); Joan B. Torelló, rector de St. Peter's Kirche, (Viena, Austria); Jan Visser, de la Academia Alfonsiana, Universidad Lateranense (Roma); Wilhelm Weber, del Instituto de Ciencias Sociales de la Universidad de Münster (Alemania); Paulino Quevedo, de la Universidad de México (México).

Como puede advertirse en las páginas siguientes de este volumen, se adhirieron al Simposio enviando comunicaciones, aunque no pudieron estar presentes durante su celebración, los profesores John Finnis, de la Universidad de Oxford; Servais Pinckaers, de la Universidad de Friburgo (Suiza); Fernando Inciarte, de la Universidad de Münster; Aurelio Fernández, de la Facultad de Teología del Norte de España (sede de Burgos); José López Navarro, (Madrid); Johannes Messner, Universidad de Viena.

bidos. Habéis sabido devolverle el sentido que le atribuyó Pablo VI al hablar de pluralismo de cohesión y el cardenal Ratzinger al referirse a un pluralismo teológico dentro de la unidad de la fe". Al reproducir esas palabras, que honran a la Facultad a la que pertenezco, no puedo por menos de añadir que si se obtuvo ese resultado no fue sólo por mérito de los profesores que la integramos, sino también de cuantos aceptaron participar en el Simposio aportando, junto con su ciencia, sus variadas y ricas personalidades.

Al terminar los trabajos del Simposio no se emanó ningún comunicado ni se llegó a ningún elenco de conclusiones. No suele ser esa la finalidad de las reuniones científicas, en las que se aspira no tanto a ejercer un influjo inmediato sobre la opinión pública o sobre las instancias de gobierno, cuanto a plantearse, en un ambiente de libertad y responsabilidad intelectuales, un tema o un conjunto de temas, cuyo estudio enriquezca a los participantes. Es pues a las actas que ahora se publican, y a los escritos que puedan publicar quienes intervinieron en las discusiones, a donde debe acudir para conocer los frutos del Simposio. Nada impide, sin embargo, que, por mi propia cuenta y riesgo, y, por consiguiente, con mi sola autoridad, intente trazar un balance, que, obviamente, no excusa de la lectura de las actas, sino que al contrario, la reclama para ser confirmado, o, eventualmente, corregido, y, en cualquier caso, completado.

1. "Sería un simplismo indebido reducir todos los problemas de nuestra época a una única causa, pero es innegable que el progreso humano resulta dañado, y en ocasiones gravemente, por el desdibujarse en la conciencia del sentido de la permanencia y objetividad de los valores morales. El hombre unidimensional de que habló Marcuse, privado de horizontes y de ilusiones, es, inevitablemente, presa del egoísmo, de la preocupación individualista por la propia seguridad y el propio placer. De ahí el predominio de una actitud consumista y superficial; de ahí también la tendencia a la pérdida de la propia identidad, la renuncia a la defensa de la propia libertad, la aceptación fácil de planteamientos de signo masificador o incluso totalitario con tal de que resulte garantizada la satisfacción individualista de las propias necesidades y deseos". Fue para mí una satisfacción advertir, a medida que iba desarrollándose el Simposio, que ese diagnóstico, que tuve oportunidad de formular en la entrevista antes mencionada, era compartido por muchos de mis colegas. A mi juicio, en efecto, uno

de los puntos en torno a los que hubo acuerdo decidido entre quienes participamos en el Simposio fue el reconocimiento —con matices personales en cada caso— de que la conciencia de crisis que se experimenta en nuestros días, no es sólo el reflejo de modificaciones estructurales y ambientales, sino también el resultado de una pérdida de los valores: lo que reclama nuestro momento histórico no es exclusivamente una actitud de disponibilidad y audacia para abrirnos a lo nuevo, sino a la vez —y, en cierto sentido, precedentemente— una capacidad para ir a lo hondo de nuestro ser, y del ser de las cosas, a fin de redescubrir la verdad profunda del hombre, es decir su apertura no sólo a lo futuro, sino a lo eterno, a lo divino, a Dios.

Así lo pusieron de relieve, con especial vigor, los profesores Carlo Caffarra y Josef Stallmach, en sus respectivas relaciones. El primero se planteó un problema parecido al que formula Juan Pablo II en la encíclica *Redemptor hominis*: ¿cómo se explica la contradicción, que caracteriza a nuestro tiempo, entre el prodigarse de declaraciones de derechos del hombre y el multiplicarse de las violaciones de esos mismos derechos? El segundo procedió a un análisis de las nociones de alienación y emancipación. Por diversos caminos tanto el uno como el otro llegaron a una misma conclusión: para enfocar debidamente las grandes cuestiones sociales es necesario partir de una adecuada comprensión de lo que es el hombre, y esa comprensión es lo que parece estar perdiéndose en nuestra cultura, dando así lugar al agotarse de los buenos deseos, a los peligros de involución, a los ensueños utópicos, a los desengaños.

Los textos del Concilio Vaticano II y de Juan Pablo II en los que se recuerda que el ser del hombre es iluminado y revelado con plenitud a partir del misterio de Cristo, afloraron repetidas veces en las sesiones de trabajo, en los ratos de charlas que siguieron a esas relaciones, y en otros momentos. Sólo el reconocimiento de la realidad del hombre como ser capaz de Dios, como ser situado ante lo Absoluto y, en ese sentido, dotado él mismo de un valor que trasciende lo relativo, puede fundar la ética, liberar del egoísmo individualista y cerrar las puertas a las tentaciones totalitarias, en las que el individuo, disuelto en la masa, es negado en la realidad de su ser personal.

2. Una aguda conciencia de la seriedad del momento presente impregnó pues todas las jornadas del Simposio: nuestra co-

yuntura histórica es tal que no cabe, de frente a los problemas que tenemos planteados, confiar sólo en soluciones técnicas, ni soñar con superar las crisis que jalonan el acontecer por la simple introducción de correcciones de detalle en la marcha emprendida; se requiere algo más profundo; a saber, una revisión del mismo punto de partida, al menos en alguno de sus aspectos, y, en ese sentido una conversión, una modificación, al menos en parte, de la actitud espiritual de base.

Pero si hubo frases de tono grave a lo largo de nuestras jornadas de trabajo, es preciso añadir —y este es, pienso, otro rasgo sobresaliente del Simposio— que todo ello tuvo lugar en un contexto marcado por el optimismo. El profesor Johannes Stöhr al presentar, en la tarde del último día, la comunicación que aportaba a nuestro diálogo, comentó que, a primera vista, la cuestión por él tratada podía parecer marginal al tema del Simposio —versaba, como puede verse en las actas, sobre un aspecto de la Mariología—, pero, añadió que no lo era en realidad, ya que hablar de María es hablar de la radicalidad con que Dios se entrega a los hombres y, por consiguiente, poner de relieve el fundamento de nuestra esperanza.

En verdad —y conviene recordarlo frente a la tentación del escepticismo o del desánimo— la fe en Dios lleva a tener confianza en el hombre en cuanto receptor del amor divino. La historia sufre el impacto del error, más aún el del pecado, pero experimenta también la sobreabundancia de la gracia. De ahí un optimismo, consubstancial al cristianismo, que aleja toda resignación amarga e impulsa a situarse, con empeño decidido, ante las tareas que el propio momento cultural implique, a revelar y recordar a los hombres la grandeza de su vocación a Cristo, a invitarles a juzgar desde ella la vida y el acontecer. Como afirmaba el Fundador y primer Gran Canciller de la Universidad de Navarra, Mons. Escrivá de Balaguer, quienes garantizan el futuro del mundo son “no los que pretenden narcotizar la vida del espíritu, reduciendo todo a cuestiones económicas o de bienestar material, sino los que tienen fe en Dios y en el destino eterno del hombre”⁴. Los que tomamos parte en el Simposio pertenecemos a escuelas filosóficas y teológicas distintas; concordábamos, sin embargo, en el convencimiento de que la dignidad del hombre no es separable

4. Discurso pronunciado con ocasión de la investidura de doctores “honoris causa” en la Universidad de Navarra, Pamplona 9-V-1974, recogido en “Nuestro Tiempo” 240 (1974) p. 27.

de la afirmación de su ordenación al valor y a la verdad, y en la convicción de que el corazón humano alberga energías que, bajo la acción de la gracia, le permiten siempre afrontar los problemas que depara la existencia personal y la colectiva.

3. Los dos planteamientos que acabo de mencionar confluyen en un tercero, igualmente importante: la reafirmación de las exigencias éticas, dando a esas palabras toda su fuerza y toda su extensión; es decir, entendiendo por exigencia ética no la mera afirmación de una actitud formal —autenticidad, sinceridad, etc.—, sino, además e inseparablemente, la reafirmación de un contenido. Nos encontramos aquí ante un problema, decisivo para la estructura del saber ético-moral y que fue abordado repetidas veces en las jornadas del Simposio, hasta el punto de constituir en cierto sentido, su hilo conductor. Las dos primeras conferencias, pronunciadas por los profesores Philippe Delhaye y Ramón García de Haro, se enfrentaron directamente con esa problemática, para llegar a conclusiones parecidas y, hecho significativo, desde planteamientos diversos.

Tanto el profesor Delhaye, analizando la noción de persona tal y como aparece en los textos del Concilio Vaticano II, como el profesor García de Haro, reflexionando sobre la noción de ley eterna tal y como la formularon San Agustín de Hipona y Santo Tomás de Aquino, desembocaron en una misma tesis central: las nociones de persona y de ley no excluyen sino que se reclaman la una a la otra; ya que la persona se realiza en la entrega y, por consiguiente, en la sumisión a la realidad que la trasciende, y la ley no es el reflejo abstracto de un universo impersonal sino la expresión del conocimiento y el querer de un Dios que crea por amor e invita a la comunión con El.

El mismo trasfondo aparece en la conferencia del profesor Amadeo de Fuenmayor, encaminada a señalar la íntima conexión entre convicciones axiológicas y proyectos legislativos. En la comunicación del profesor Adriano Bausola, que, frente a toda tentación fideísta, aspiraba a poner de manifiesto la dimensión racional de los imperativos éticos. En la comunicación del profesor Servais Pinckaers sobre la renovación de la teología moral. En las de los profesores John Finnis, Augusto Sarmiento y Jean-Marie Aubert, sobre diversas cuestiones relacionadas con la objetividad de la ética. Y, finalmente —para no alargar las citas— en la conferencia de clausura de Mons. Jean Jérôme Hamer que, al exponer

los fundamentos doctrinales de la ética sexual, no dejó de señalar el carácter material —es decir, dotado de contenido concreto— de dicha ética, que no se subsume en una genérica invitación al amor, sino que descende a manifestar cuáles son los comportamientos, y las exigencias, que son consentáneas con ese amor, o se le oponen, subrayando al mismo tiempo que esas exigencias resultan captadas en su plenitud de sentido cuando se las sitúa en el interior de la antropología cristiana, es decir cuando se las juzga a partir del “misterio de nuestra filiación divina”.

Ley y amor se nos presentan así como realidades unidas por una tensión que las entrelaza profundamente: por decirlo con palabras técnicas, como el precepto que da concreción a la conducta y como el fin al que el precepto se ordena y del que la conducta recibe el espíritu que debe animarla y justificarla de forma radical. Sin el amor la ley es mandato al que se obedece sin participar en la fuerza interior que le da sentido pleno. Sin la ley, el amor es impulso que acabará resultando vacío, mero sentimiento que no alcanzará a elevarse a virtud y por tanto a amor verdadero. Permitaseme por eso cerrar este apartado citando unas palabras tomadas de un artículo, aparecido contemporáneamente a la celebración del Simposio, y en el que tuve ocasión de comentar la particular importancia que tiene esta doctrina precisamente en nuestra presente situación cultural. “Si otros momentos históricos —las épocas puritanas— han podido pecar de moralismo y, por tanto, a la vez de falta de libertad de espíritu y de hipocresía, carentes de una inspiración de fondo que diera sentido a las exigencias morales, el nuestro parece pecar más bien de lo contrario: de una invitación constante a la radicalidad y a la autenticidad que, al estar privada de su concreción moral, acaba degenerando en incertidumbre y cayendo en el permisivismo. Es, pues, una reafirmación de la dignidad espiritual de la persona humana unida a un redescubrimiento de la moralidad lo que necesita nuestra cultura. Porque hablar de moralidad, de ética, es, si empleamos la palabra en su verdadero sentido, recordar que el hombre no está situado ante un horizonte vago y etéreo, sino ante un ideal concreto y vivo que exige compromiso y empeño, en cuyo servicio la persona humana realiza, día a día, en el enfrentamiento con la existencia cotidiana, lo que constituye el núcleo de su dignidad: la capacidad de amar”⁵.

5. *Ética y persona humana: un redescubrimiento*, en “YA”, Madrid 18-IV-1979.

4. Un cuarto punto que me parece especialmente significativo del tono de los trabajos del Simposio: la afirmación de los valores seculares y el consiguiente rechazo de toda manipulación de las realidades terrenas, poniendo a la vez de manifiesto su inserción en un contexto teológico.

Este aspecto de la problemática del Simposio afloró ya en la relación del profesor Vittorio Mathieu, que acudió a la crítica kantiana del juicio para, aún reconociendo sus límites —y señalando, tanto en la conferencia misma como luego en el diálogo, la necesidad de completar el planteamiento kantiano, como ya advirtiera Bergson, a través de una decidida reafirmación del valor de la intuición, de la percepción viva de lo real—, tomar de ella algunos elementos en orden a un análisis de ese rico fenómeno que es el derecho, lo que le condujo a hablar ampliamente de la coherencia como propiedad del ordenamiento jurídico. La coherencia de un ordenamiento, no impide, ciertamente, su reforma, pero recuerda que debe realizarse evitando arbitrariedades y modificaciones artificiales, operando al nivel de los principios internos por los que el ordenamiento se rige.

En una línea algo distinta el profesor Wilhelm Weber, después de señalar la imposibilidad de separar, como si fueran realidades ajenas entre sí, los valores y los derechos, —éstos se fundan en aquéllos—, se refirió al proceso de diferenciación progresiva que, a su juicio, se está produciendo en la sociedad actual, de tal modo que los diversos sectores (economía, política, etc.) van adquiriendo un alto grado de autonomía; lo que, de una parte, amenaza en ocasiones con desembocar en un stress cognoscitivo, en una pérdida del sentido de la unidad del vivir, con la consiguiente sensación de inseguridad, y, de otra, está destinado a influir —e influye ya— en la pastoral cristiana, haciendo que, de forma cada vez más clara, la predicación se encamine a transmitir unas orientaciones fundamentales y una formación en las virtudes que coloquen al cristiano singular en condiciones de abordar, en conciencia, los casos concretos que se presenten, pero sin descender ella misma —es decir, la predicación en cuanto tal— al nivel de esa concreción.

En esta temática incidieron las comunicaciones de los profesores Javier de Lucas y Alejandro Llano, y sobre todo una amplia intervención oral del profesor Joan B. Torelló que, acudiendo a la doctrina sobre la santificación del trabajo expuestas por el Fundador del Opus Dei, glosó el sentido cristiano de la secularidad. Vocación divina y vocación humana del hombre no son dos dimensiones yuxtapuestas, ya que la vocación divina tiene sentido

de totalidad: la entera vida, en todas sus dimensiones, debe pues estar referida a Dios, pero ello no aparta de la vocación humana, sino que lleva a reconocerla como parte de la vocación divina, y por consiguiente desempeñarla asumiendo con plenitud todas sus exigencias.

De esta forma, a lo largo del diálogo, se reencontró un conocido texto de la Constitución Pastoral *Gaudium et spes*, en el que enseña que la autonomía de las realidades terrenas no excluye su finalización teológica, sino que al contrario la presupone, ya que el dogma de la creación funda a la vez la realidad creada y su ordenación radical a Dios⁶. La reflexión sobre la naturaleza de los seres reaparecía así, poniéndose de manifiesto la importancia de ese momento teórico en orden no sólo —como ya quedó dicho— a dotar de concreción a la tensión ética sino también a fundar la misma eficacia técnica de la acción, señalando los riesgos de una voluntad de poder que, desconociendo la densidad ontológica de los seres, intente manipularlos a capricho, incapacitándose así para desarrollar las riquezas que verdaderamente encierran.

Conciencia de las raíces éticas de la crisis contemporánea, optimismo cristiano ante el futuro, propuestas de renovación de la teología moral atendiendo a la vez e inseparablemente a la persona y a la norma, afirmación de la finalización teológica de la realidad alcanzada por la vía del respeto a sus exigencias intrínsecas, tales son los puntos, a mi juicio, más significativos entre las afirmaciones y perspectivas formuladas a lo largo del Simposio sobre "Ética y Teología ante la crisis contemporánea".

Añadamos una última observación. Como es fácil de advertir comparando el resumen que acabamos de hacer con el índice de este volumen de actas, los cuatro puntos señalados, que fluyen de las diversas conferencias y comunicaciones, y de las sesiones de trabajo que las siguieron, están unidos entre sí por nexos que no responden exactamente al orden cronológico en el que las conferencias o comunicaciones fueron pronunciadas o presentadas. No son, por tanto, en modo alguno conclusiones de cada una de las jornadas del Simposio, sino reflexiones nacidas del conjunto del Simposio, que fue, con el transcurso de los días y el desarrollo de los diálogos, precisando cada vez más la temática que estaba siendo objeto de análisis. Tener presente estas reflexiones puede —así lo espero— ayudar a leer los textos, captando desde el principio todas sus implicaciones.

JOSE LUIS ILLANES

6. Cfr. CONCILIO VATICANO II, Constitución pastoral *Gaudium et spes*, n. 36.